

Publicado en Aa. Vv., *Juegos, Juguetes y Ludotecas. Primer Seminario Estatal "Pablo Montesino"*.

Madrid: Publ. Pablo Montesino, 1991.

JUEGOS INFANTILES Y LIBROS PARA NIÑOS

Jaime García Padrino

Me hubiera gustado poder plantear, elaborar y exponer ahora mi conferencia como un juego. Además de resultar mi intervención más atractiva, creo que no habría desentonado así del tema y del planteamiento general de este I Encuentro Estatal sobre Juegos, Juguetes y Ludotecas. Pero no ha sido así. Y no lo ha sido porque el profesor Andrés —organizador, animador, alma y cuerpo de esta reunión— “me la ha jugado”. Con su insistencia, con su resistencia “rocácea”, no sólo ha llevado adelante su organización y realización, con notable éxito, venciendo dificultades, reparos, objeciones..., sino que ha sabido estar acompañado de una no menos entregada cohorte de gráciles y voluntariosas colaboradoras, cuyas sonrisas han sido buen complemento de sus decididos esfuerzos. Así han avanzado paso a paso, firmes, luchando contra el tiempo y con las complejidades propias de la preparación de un encuentro como el que nos ha convocado en torno al tema central de la ludoteca, como agente educativo e integrador del niño.

Y por eso decía yo antes que no he podido jugar para preparar mi conferencia, sino que “me la han jugado”, dicho en tono coloquial, y con cariño y justo agradecimiento a tan entusiastas organizadores. Han confiado en mi participación. Han querido que mi colaboración tuviese un lugar propio en el Encuentro. Y me han enfrentado a un tema —eso sí, elegido por mí mismo— relativamente apartado de mi dedicación docente e investigadora.

Jaime García Padrino. Profesor del Departamento de Filología y su didáctica. Universidad Complutense.

Al estudiar y ocuparme de la historia particular de la literatura infantil española, he encontrado libros dedicados al niño que trataban de recuperar y recopilar juegos infantiles. He encontrado también libros que proponían al niño lector juegos para complementar el desarrollo de las peripecias leídas. O bien presentaban sus propias creaciones literarias desde un sentido lúdico de la participación cómplice de los lectores.

Otras publicaciones, ya en el campo de la didáctica de la lengua más que en el propio de la literatura infantil, buscan el juego como actividad infantil que puede contribuir al desarrollo y perfeccionamiento de sus capacidades lingüísticas y comunicativas.

Las así descritas son las principales posibilidades que, desde mi punto de vista, podemos encontrar en esa relación de los libros pensados o dedicados para el niño con los juegos infantiles. Y aunque el título de mi conferencia une “juegos” y “libros”, voy a dejar aparte aquellas publicaciones, de intención didáctica, donde se plantea el juego infantil como recurso o instrumento bien adecuado para el desarrollo y perfeccionamiento del lenguaje. Voy a ocuparme, por tanto, de los libros que recopilan juegos infantiles y de aquellos otros que plantean actividades para que el niño lector juegue y participe así, de forma activa, en el desarrollo de la historia propuesta por su autor.

Como he indicado, la primera de esas posibilidades en el tiempo ha sido la correspondiente a las publicaciones que se han ocupado de recoger, describir y estudiar, de algún modo, los juegos que son patrimonio peculiar de la infancia.

Desde antiguo, el adulto se ha sentido atraído por el carácter tradicional, folclórico y popular del juego infantil. Si bien los tres anteriores adjetivos son utilizados a veces como sinónimos, los he enumerado así por entender que se adaptan a matices diferenciadores dentro del concepto general de las actividades lúdicas del niño.

a) De acuerdo con tal interpretación, el adulto —convertido en atento recopilador de juegos practicados por los niños— se ha preocupado por comprobar y documentar lo que denominamos componente tradicional del juego infantil. Es decir, el proceso que hace posible que esas prácticas lúdicas se mantengan de generación en generación, gracias a ser enseñado y aprendido en el propio contacto generado por la participación de varios niños en su desarrollo.

b) Desde otra perspectiva —el componente folclórico—, las ediciones dedicadas a la recopilación de juegos infantiles se han ocupado de reivindicar, de tal modo, esas actividades lúdicas y sociales, como elemento específico del folclore de cada pueblo, y por tanto, un componente esencial de la auténtica cultura popular.

c) Y esa misma consideración nos sirve para realzar su carácter o

componente popular, aludido ya en el tercer matiz antes señalado. Los juegos infantiles son creaciones populares, en el sentido de surgir, mantenerse, difundirse y practicarse en el seno de un ámbito geográfico y humano determinado, bien documentado en la mayoría de esas recopilaciones.

Tal atracción del adulto hacia los juegos infantiles, tradicionales, folclóricos y populares tiene un brillante punto de partida en nuestro Siglo de Oro, con al menos dos interesantes obras que son hoy referencia inexcusable cuando debemos acercarnos a este ámbito específico.

La primera corresponde a Rodrigo Caro, por su *Días geniales o lúdricos* (1626). Su autor, calificado por el no menos ilustre Rodríguez Marín como "patriarca del folclore infantil", se ocupó de estudiar los juegos de los niños y de describir sus orígenes, si bien sus indicaciones a tal respecto parecen más el fruto de su propio carácter erudito, de su amor a los libros, sobre los que basa sus intuiciones o deducciones bien encaminadas, que resultado de auténticas pesquisas investigadoras. No obstante, su *Días geniales o lúdricos* es, por una parte, y desde su título y autoría, un juego sobre los juegos, y por otra, un producto típico de una renovada mentalidad en los siglos XVI y XVII, y un hito casi insuperable en sus valores testimoniales acerca del carácter y la esencia intemporal del juego infantil.

Esa es la actitud que también puede apreciarse en la segunda de las obras que he anunciado antes como representativas del Siglo de Oro. Es la titulada *Carta que Juan Rufo escribió a su hijo siendo muy niño*, donde su autor utiliza el verso en cuartetas de tono popular para describir los juegos entonces propios de la primera infancia. Así, Juan Rufo no se limita a una mera caracterización de esos ejercicios lúdicos, sino que muestra una fina penetración psicológica sobre los comportamientos propios del niño al realizar tales actividades:

(...)

Darte he besos verdaderos,	Chifle en hueso de albarcoque;
Y, transformándome en ti,	Pelote blanca y liviana,
Parecerán bien en mí	Y tirar por cerbatana,
Los ejercicios primeros:	Garbanzo, china y bodoque.
Trompos, cañas, morterillos,	Hacer de la haba verde
Saltar, brincar y correr,	Capilludos frailecillos,
Y jugar al esconder,	Y de las guindas zarcillos,
Cazar avispas y grillos,	Joyas en que no se pierde.
Andar a la coxojita	Zampoñas del alcaçel,
Con diferencia de trotes	Y de cogollos de cañas
Y tirar lisos virotos	Reclamos, que a las arañas
Con arco y cuerda de guita.	Sacan a muerte cruel.

Dentro también del Siglo de Oro encontramos un curioso ejemplo del tratamiento literario de los juegos infantiles. Me refiero a la obra *Juegos de Noches Buenas a lo divino* (1605), de Alonso Ledesma. En ella

prima la atención del autor hacia los elementos literarios de los juegos descritos, de las cancioncillas, las fórmulas y las retahílas con las que los niños gustaban y gustan acompañar sus juegos, utilizados aquí como punto de partida para unas glosas o “poesías cristianas, morales y divinas”, incluidas por don Justo de Sancha en su *Romancero y cancionero sagrados*, y publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles. Escuchen ahora el poema titulado *A los diez mandamientos y siete pecados capitales*, donde el autor glosa el juego “De codín, de codón, ¿cuántos dedos tienes en tu corazón?”:

Son los dedos de las manos
Un símbolo verdadero
De los mandamientos santos,
Brazos del místico cuerpo.

Yo de aquí pienso que vino
El decir con juramento,
Trabándose dos las palmas,
Por estos diez mandamientos.

Estos son dedos del alma,
Y el guante de aquestos dedos
Es el corazón del hombre,
Que es donde tiene su asiento.

Y tú, cristiano violento,
De ti mismo sé juez:
Dime: ¿Cuántos destos diez
Pones en ejecución?

*De codín, de codón,
¿Cuántos dedos tienes en tu corazón?*

El siglo XIX encuentra en el estudio del folclore argumentos para la defensa de complejos ideales, donde se mezclaban la exaltación nacionalista, el ensueño por los elementos románticos y el afianzamiento paulatino de un renovado concepto del carácter y de la condición social y educativa de la infancia.

Desde mi punto de vista, ahí debemos situar la razón básica para el dominio de unos criterios más científicos, por elaborados y rigurosos, a la hora de recopilar las formas de la actividad lúdica infantil. El ejemplo de esa actitud de los recopiladores del siglo XIX, atraídos por el folclore propio del niño, podemos encontrarlo en la figura de Antonio Machado y Álvarez, “Demófilo”, autor de *Juegos infantiles españoles*, obra aparecida entre las publicaciones de la sociedad El Folk-lore Español, de la que él mismo había sido fundador. Aquellas recopilaciones y clasificaciones de las producciones populares estaban orientadas desde una perspectiva sociológica, preocupado Machado y Álvarez por descubrir las bases culturales del pueblo andaluz. Era una herencia científica recibida de su padre, don Antonio Machado y Núñez, defensor y divulgador de los principios y teorías propias de la antropología, herencia que a su vez tendría, en cierto modo, una continuidad en el gusto de sus hijos Antonio y Manuel por las formas poéticas de raíz y temas populares.

A la labor de Machado y Álvarez como animador de la Sociedad del Folk-lore Español se unieron en aquellos años finales del siglo XIX otros investigadores, como el ya citado Rodríguez Marín, Alejandro

Guichot y Luis Montoto, nombres obligados cuando tratamos de acercarnos a las colecciones de juegos populares infantiles. Esas actividades del niño atrajeron también su atención investigadora, pero desde unos objetivos dominados por intenciones científicas o meramente folcloristas, dejando lejos de sus trabajos la mirada nostálgica hacia la infancia perdida.

Con los años finales y los primeros del siglo XX volvemos a encontrar en las ediciones que recuperaban los juegos practicados por los niños y las niñas esa mirada complacida del adulto. De nuevo, el recopilador no veía sólo en ese componente folclórico una peculiar forma de la cultura popular, sino, ante todo, una manifestación espontánea del modo de ser y de actuar de la infancia.

Algunas de tales publicaciones recopiladoras presentan, por otra parte, unas características que les acercan al mundo propio de la literatura infantil. Es el caso del volumen titulado *Juegos infantiles. Recreos útiles para la infancia y la juventud* (1896), publicado por Julián Bastinos, uno de los primeros editores preocupados por ofrecer dignos libros a la infancia, y que incluía esa obra en su cuidada colección Biblioteca Aurora. Si citamos a Bastinos en los orígenes de las ediciones infantiles especializadas en nuestro país, no podemos olvidar a Saturnino Calleja, que en aquellos años iniciales de siglo ofrecía un amplísimo repertorio de publicaciones pensadas para la infancia. Así, Calleja parece darle a Bastinos una réplica competidora con otra edición incluida en su no menos cuidada y selecta Biblioteca Perla. Se trata del volumen titulado *Juegos de niños en las escuelas y colegios* (¿1895?), del P. Santos Hernández, SJ, cuya publicidad editorial anunciaba así: "Este es un libro primoroso, en que se recopilan todos cuantos juegos realizan los niños".

Sin embargo, la aportación original del P. Santos Hernández hay que situarla en su intención de satisfacer con su obra la ya sentida necesidad de potenciar el carácter educativo y escolar del juego infantil. En este sentido, son interesantes —dentro del contexto propio de la época— las consideraciones del autor sobre el carácter y la importancia de estas actividades infantiles:

Es un hecho bien confirmado por la experiencia que allí donde los niños juegan con entusiasmo, estudian también con empeño y sin detrimento alguno de la salud; y al contrario, donde los juegos faltan, las horas de descanso se convierten en ratos de ocioso fastidio que indisponen cada día más para el estudio, y desarrollan con ímpetu violento los gérmenes de muchos vicios.

Otra de las antologías de juegos infantiles, animadas por ese deseo de recuperación del mundo peculiar de la infancia, es la obra titulada *Lolita. Canciones y juegos de las niñas* (1901 y 1910). En ella, su au-

tor, Augusto Santiago y Gadea, nos ha dejado una valiosa muestra de la riqueza y gracia intrínsecas de estas creaciones tradicionales, movido —tal como explica en el prólogo— por su preocupación hacia las manifestaciones folclóricas y por su creencia en la necesidad de realzar la importancia de esta parcela del patrimonio cultural de la infancia.

En la estructura de su obra, Santiago y Gadea establecía dos grandes grupos: “Cantares de los corros” y “Juegos”. A ellos añadía otros apartados titulados “Entretenimientos”, “Cantares para adormecer a los niños”, “Nombres familiares y de afecto” y “El lenguaje de los animales”. Dentro de ese segundo gran grupo dedicado a los juegos infantiles, el autor incluía los textos cantados que acompañan su desarrollo, como sucede con esta fórmula para echar chinas:

Allá arriba,
en aquella montaña,
hay una vieja
pelando una pava,
y la pelaba,
con tanto primor,
que sacaba pluma,
para un cobertor.
Guindá.

Unín, dolín, pompolín,
tres y cuatro de latín,
la coqueta tabenera
no me quiere dar la cena.
Ni por pan, ni por vino,
ni por hojas de pepino.
Salte tú, linda morena,
por las puertas del
vecinó.

Voy a permitirme otra cita textual de esta obra; en este caso, de las palabras prologales del autor, donde explica su intención al recoger tales muestras del folclore infantil y donde además marca las distancias que le separan del trabajo de otros folcloristas:

Yo bien sé, porque me lo han dicho, no porque hayan caído en mis manos, que de estos trabajos de recopilación, llamados por los inteligentes *folcloristas* —yo los llamo *chinos*—, se ha escrito mucho en el extranjero y poco en España; pero lo que ignoro es si algún aficionado los ha reunido en forma de *Cancionero de las niñas*, que es lo que me propuse desde que pensé hacer este librote. ¿Cómo lo formé? A ratos perdidos, aburriendo a medio mundo, recogiendo muchos cantares y sus explicaciones, algunas un tanto complicadas, de la propia fuente, de los labios de rosa de las pequeñuelas y *marisabidillas*, que me los recitaban con sus lenguas de trapo y con sus lenguas vivarachas...

Semejante filiación de intenciones a la de Augusto Santiago y Gadea presentaba Fernando Llorca al dedicar su obra *Lo que cantan los niños* (1915) a “don Francisco Marín, amo y señor de estas cosas y de muchas otras”. A la vez inscribía su obra en una línea de recuperación de “lo tradicional de los juegos”, pero sin limitarse al carácter erudito de cualquier recopilación folclórica, pues el propio Llorca definía su trabajo como “un libro de niños, hecho para los niños y dictado por ellos”. Así, la disposición de la obra en bloques obedecía a un

buscado paralelismo de los tipos fundamentales en las formas folclóricas con la evolución del niño. Tras “las primeras canciones”, Llorca incluía las canciones de corro, los juegos con o sin canciones, las coplas del tiempo, los trabalenguas, las oraciones, los monólogos, las adivinanzas, los juguetes y “las cosas de chicos”.

No obstante el interés y la riqueza de las posibilidades para el acercamiento del niño a la auténtica cultura popular infantil, esta línea de antologías y colecciones folclóricas no tuvo en los años siguientes una fecunda y satisfactoria continuidad. Incluso el paréntesis trágico de la guerra civil y sus posteriores consecuencias de exilio y separación de algunos españoles tuvo su proyección en estas publicaciones dedicadas a recopilar los juegos de la infancia. Así lo demuestra la obra titulada *Lo que sabía mi loro*, de José Moreno Vila, y que, elaborada por su autor en los años de su exilio americano, no fue publicada en nuestro país hasta finales de los años setenta.

Vuelvo a señalar que no pretendo con mi conferencia un exhaustivo inventario de publicaciones con ese carácter recopilador. Por el contrario, he dejado aparte obras de valor indiscutible, como trabajos científicos sobre estos aspectos de la cultura popular. Desde la orientación que he elegido para esta exposición, he atendido a aquellas obras que, a mi juicio, muestran una actitud de amable o nostálgica recuperación de los juegos infantiles. Así pues, quiero mencionar ahora una obra de Bonifacio Gil, titulada *Jugar y cantar* (1956), cuyo propósito era “ofrecer a los niños un motivo de diversión y materia de enseñanza, a través de las tradiciones populares infantiles de las distintas regiones españolas”. Así, su autor, notable musicólogo y folclorista, recogía “juegos y canciones de todos los tiempos y procedencias donde están presentes la Música, la Danza y la Poesía”, y que venía a ser una presentación infantil para una a modo de síntesis de sus trabajos anteriores.

Desde entonces hasta el momento actual, diversas publicaciones se han dedicado con afán a recopilar, en los ámbitos geográficos de distintas comunidades autónomas, unos juegos que corren un notorio peligro de desaparición. Entre ellas, una obra destaca por su deseo de ofrecer una clasificación tipológica que arroje cierta luz sobre la apreciable complejidad de rasgos, normas y manifestaciones de los juegos populares, y, a la vez, de servir a padres y educadores un instrumento con el que paliar, en la medida de lo posible, la carencia de oportunidades para que el niño juegue como lo han venido haciendo antes generaciones y generaciones de otros niños. Me refiero a *Pinto Marañá (Juegos populares infantiles)* (1988), de Arturo Medina. La obra y el autor están unidos a nuestra propia Escuela. Su autor, Arturo, como catedrático de Didáctica de la Lengua desde 1964 hasta el curso 1984-85. Su obra, como fruto de su propio trabajo de investigación

con sus alumnos de nuestra Escuela. De aquella tarea, Arturo Medina ofrece un total de 432 juegos, y, tal como él mismo indica, “detráidos de los cerca del millar barajados” y seleccionados por la representatividad, expansión, belleza y originalidad apreciados en cada juego.

Con relación a esta obra, sólo me queda indicar algo que ya manifesté durante el acto de su presentación, realizada en nuestra Escuela, acerca de la aportación de Arturo Medina y su *Pinto Maraña* a la línea recopiladora que he caracterizado en mis palabras anteriores. Dije entonces, y repito ahora, que su valor fundamental reside en ser obra de un maestro que sabe transmitir su ciencia y sus experiencias, que se entusiasma con los temas relacionados con la educación y que contagia ese entusiasmo. Ha sentado además unas bases teóricas, expuestas en su prólogo con su habitual claridad, lo que convierte esas páginas en referencia indispensable para la diferenciación y clasificación de las manifestaciones populares y folclóricas.

Me he extendido en estas descripciones y referencias, pues entiendo que si el tema de este encuentro lo configuran los juegos, los juguetes y las ludotecas, en éstas deberán figurar aquellas recopilaciones que ofrezcan a los adultos —padres y profesores—, más que a los propios niños, completos repertorios de juegos propios de la infancia. Y esa referencia para mí debe ser doble. El adulto interesado —repito, padre o maestro— necesita conocer juegos para ofrecer al niño. Que podrán ser nuevos para él mismo o le recordarán los practicados en su propia infancia. Pero también en esas recopilaciones podrá encontrar un estímulo y unas pautas para convertirse el propio adulto en un recopilador de los juegos que ahora mismo practican los niños que tiene a su alrededor y tratar así de remediar la potencial pérdida o la notable carencia actual de juegos infantiles con los indicados caracteres de populares, tradicionales y folclóricos. Es decir, de los auténticos componentes de la cultura popular de nuestra infancia.

Por tal motivo, me permito solicitar aquí y ahora que en las ludotecas existan, en la medida de lo posible, amplios repertorios bibliográficos sobre los juegos infantiles. Orientados a la consulta de los propios niños, si así les interesa, pero sobre todo para la consulta y el necesario asesoramiento para los adultos. Y esa relación de la ludoteca con los fondos bibliográficos volverá a ser abordada en el final de mi conferencia, pues queda aún por exponer otra posibilidad de las anunciadas al principio sobre la relación del libro para niños y los juegos infantiles.

Esa segunda posibilidad, que planteé antes, corresponde al juego como un elemento más en el contacto con la propia obra literaria, pensada en este caso para el niño como receptor o lector.

Las posibilidades que suelen ofrecer los libros infantiles para el juego de sus naturales destinatarios abarcan desde las características físicas de sus formatos hasta los elementos de las creaciones literarias ofrecidas en esas páginas.

La encuadernación y las dimensiones de los volúmenes que resultan más gratas a los usuarios infantiles han cambiado según oscilaba la consideración del tamaño y formato en relación con la mayor o menor edad del niño, según las circunstancias económicas de la época o las propias innovaciones técnicas en el proceso de impresión y encuadernación de los volúmenes.

Así, en el formato, la citada casa editorial de Saturnino Calleja trató, a lo largo de su larga y afortunada trayectoria, de innovar y buscar aquellas presentaciones más adecuadas para que el niño encontrara en la propia manipulación de sus libros un motivo de placer y de juego. Ahí quedaron para siempre los famosos Cuentos de Calleja, de pequeños y variados formatos, asequibles en todos los aspectos, incluido el económico de su precio, a sus lectores. Un ejemplo de ese carácter lo encontramos en las 16 páginas de pequeño formato (70 por 100 mm) de cada ejemplar de la colección Juguetes Instructivos, donde se incluía un cuento, con grabados, charadas, pasatiempos, chascarrillos y apuntes biográficos de personalidades notables de todo el mundo. O los Cuentos Bonitos, que además de un breve cuento, generalmente anónimo, ofrecía a los pequeños lectores jergológicos, chascarrillos, acertijos, trabalenguas, asuntos históricos, retratos, caricaturas, láminas de escenas...

En ese mismo sentido innovador, en los años treinta, y durante la etapa de la misma editorial correspondiente a la dirección de Saturnino Calleja Gutiérrez, segundo hijo del fundador, también se buscaba el formato original y atractivo como un juego más para los lectores. Eran ya momentos donde la editorial no gozaba de ese lugar indiscutible, bien ganado en los años anteriores. La competencia había aumentado. Las ediciones infantiles conocían un notable auge. Otras editoriales seguían paso a paso los modelos implantados y consolidados por la propia casa Calleja. En ese tercer período, las colecciones de Calleja mostraban una clara tendencia a adaptarse a los gustos del momento, y no tanto a orientarlos, como había sucedido hasta entonces. De las aparecidas a partir de 1928, la colección Calleja Cine respondía al habitual ingenio en las presentaciones con un formato pequeño y desplegable, a la manera de una sucesión de fotogramas, como una película cómica, servidos con los dibujos de Tono y textos de K-Hito.

Los creadores más representativos de la renovación experimentada por la literatura infantil española, en los años anteriores a 1936, también mostraron un especial interés por plantear sus creaciones

como un juego para sus lectores. No quiero extenderme en detalles, pues así lo impone la propia duración de la conferencia. Valga sólo como mención el característico tono de complicidad en el juego adoptado por Bartolozzi al hacer partícipes a sus lectores de las peripecias de sus protagonistas, ya fuesen éstos los inolvidables Pinocho y Chapete, o el no menos bizarro Pipo y su compañera, la perrita Pipa.

O Antoniorrobles, cuya edición de sus *Ocho cuentos de niñas y muñecas* (1930) incluía recortables “guardados en su estuche al final del libro” para los vestidos de esas muñecas que protagonizaban sus historias. También otra de sus obras buscaba el complemento del juego para los lectores, como refuerzo de ese aspecto insólito que le gustaba resaltar en sus narraciones. Era la titulada *Mis diez compañeros* (*Historias de un colegio pintoresco acompañadas de un juego de dados*) (1935), y cuyas contratapas eran un plano del lugar donde se desarrollaban las peripecias de ese “colegio pintoresco” y sus no menos originales protagonistas.

Otro de los innovadores del cuento infantil en aquellas décadas de los años veinte y treinta, Manuel Abril, sirve como ejemplo de la literatura como juego para unos lectores —o bien, oyentes en este caso—, con el cuento titulado *Totó, Tití, Loló, Lili, Frufrú, Pompoff y la señora Romboedro* (1931). Es una historia disparatada, con claras influencias del cine cómico de la época, y con un aire de haber sido pensado para ser leído ante los micrófonos de la radio de aquellos años. Y su final avala el que incluyamos este relato en nuestra conferencia. Después de haber jugado con sus personajes en peripecias absurdas, la frase que dirige el autor a sus lectores/oyentes es la siguiente: “¡Todo ha sido un juego, señores!”.

No puede faltar la referencia a otra de las autoras claves en aquellos años de la anteguerra. Es, desde luego, Elena Fortún, y cuya aportación al juego de los lectores infantiles hay que situarla en las páginas que ella animaba en el suplemento *Gente Menuda*, entre 1928 y 1936, con personajes como el mago Pirulo o el ratón Roenueces. Pero también es la autora de un curioso libro, *El bazar de todas las cosas* (1935), donde Elena Fortún ofrecía a sus lectores juegos de manipulación, de confección de objetos con papel y otros materiales, juegos diversos, etcétera.

Un salto en el tiempo nos lleva a la época bien difícil de la posguerra. Aquella literatura infantil renovadora había quedado atrás, perdida y en el olvido impuesto. Como curiosidad, dentro de esta revisión de los juegos ofrecidos al lector infantil para complementar sus lecturas, sólo recordar algunas de las modestas publicaciones de aquellos años cuarenta, cuando las restricciones de papel imponían unos formatos que los editores trataban de aprovechar con el mayor

ingenio. Así sucedió con los libros-cuaderno dedicados a Mari Pepa, personaje creado por Emilia Cotarelo e ilustrado por María Claret en las páginas de *Flechas y Pelayos*, durante los años de la guerra civil, y que tuvo una larga continuación en dichos volúmenes. Dedicadas sus aventuras, según los modos y gustos de la época, a las "lectorcitas", éstas podían encontrar en la parte inferior de cada página cromos y recortables para el correspondiente álbum, o bien trajes típicos para vestir a esa peculiar heroína infantil.

No intento, ni lo he intentado hasta ahora, hacer una historia de proyectos editoriales o creadores para convertir el desarrollo de unas historias o narraciones en un juego para sus destinatarios. Sin embargo, los últimos años han conocido un cierto auge de publicaciones que exigían una participación activa de sus lectores a la hora de combinar elementos o posibilidades para el desarrollo del propio argumento. Y ese planteamiento se ha plasmado incluso en las primeras lectoras para los neolectores.

Recordemos entre las publicaciones para los primeros cursos una serie de "cuentos móviles" que, publicados por la editorial Cincel en 1980, con textos de Lucía Solana, desarrollaban breves historias que podían variar según se fuesen combinando los textos impresos en las tiras que componían cada imagen. Los temas correspondían a las áreas de las primeras experiencias para estos cursos, y trataban, ante todo, de desarrollar el vocabulario del niño en esta edad, a la vez que las lecturas ofrecidas eludían los fáciles tópicos en el tratamiento de unos temas impuestos.

Aunque otra de las limitaciones voluntarias de esta conferencia ha sido la atención a las creaciones autóctonas, a las obras de autores españoles, no puedo dejar de mencionar dos interesantes obras que han conseguido buen número de ediciones en los últimos años, además de merecer una valoración bien positiva para las posibilidades del juego creativo por parte del lector que sigue el desarrollo de una historia. Se trata, en primer lugar, de *Cuentos para jugar* (*Tante storia per giocare*, 1974), del maestro italiano Gianni Rodari, donde el lector tenía la posibilidad de elegir tres finales para cada historia y de conocer, después, los razonamientos del propio autor sobre el carácter o la conveniencia de cada una de esas conclusiones propuestas. En segundo lugar, me refiero a *Aventuras de "La mano negra"* (*Die Abenteuer der "Schwarzen hand"*, 1965), de Hans Jürgen Press, uno de los libros que han conocido un indudable éxito entre sus lectores, avalado por sus reediciones desde 1981, fecha de su traducción castellana.

Por último, mencionaré algunas colecciones que han conocido un rápido y fugaz éxito al ofrecer historias donde el lector debía resolver enigmas o tomar opciones a la hora de seguir su lectura. Han sido, en general, también traducciones de obras publicadas en otros

países, pero en las que es difícil encontrar el desarrollo de una actitud crítica o de auténtica participación en los lectores. Valgan como ejemplos las series Altea Junior. Enigmas, con textos del alemán Wolfgang Ecke —quizá la más cuidada y atractiva—, o Aventura sin Fin. Mazmorras y Dragones, colección norteamericana publicada en España por la editorial Timun Mas y que se vio apoyada por el éxito de una serie paralela de dibujos animados para televisión...

Quede aquí sólo esa mención. No trato de enjuiciarlas, pero me veo obligado a indicar que se trata de un tipo de "subliteratura" que no debe engañarnos a los adultos por su fácil aceptación por parte del niño y del joven, en especial por aquellos que aún están en un primer grado de desarrollo de auténticos hábitos lectores. La literatura es otra cosa. Es una recreación, pero fuera de fórmulas adocenadas o de tópicos y de clichés.

Si he hablado ahora de este tipo de libros, no lo he hecho con la misma intención que antes resalté al indicar la necesaria inclusión dentro de una ludoteca de aquellas publicaciones recopiladoras de juegos infantiles. Estos otros volúmenes, donde se estimula una determinada forma de la actividad lúdica infantil, deben tener el sitio que les corresponde como cualquier otro libro. No son libros sólo para ludotecas, sino para una biblioteca infantil, si es que el criterio selectivo de los encargados de ampliar y actualizar sus fondos bibliográficos así lo aconseja.

Más bien esa referencia me sirve para otra de mis preocupaciones, que me hace aprovechar cualquier ocasión para defender su necesidad y para denunciar la muy escasa consideración que se le brinda entre las iniciativas oficiales a favor de una renovación educativa. Me refiero a la biblioteca. A la biblioteca escolar. A la biblioteca pública infantil. A la biblioteca de cada niño, en su propio hogar.

Puede parecer fuera de lugar que hable ahora de bibliotecas cuando el tema que nos reúne aquí es el de las ludotecas. Pero son realidades afines, con problemáticas particulares, que necesitan, al menos, una atención semejante por parte de los organismos públicos.

Si se pretende, con encuentros como éste, lanzar una llamada a la sociedad a favor de la creación y funcionamiento de las ludotecas, por considerarlas como instrumentos necesarios para la socialización y la realización personal del niño, no me nieguen la oportunidad de denunciar la desdichada situación de las bibliotecas al alcance del niño en nuestro país, sobre todo por haber elegido para mi conferencia el tema de libros para niños. Las estadísticas oficiales nos hablan de la notable insuficiencia de bibliotecas públicas, a cargo de ayuntamientos y comunidades. Me parecería extraordinario que algún ayuntamiento se sintiera animado, por la realización de este encuentro, a crear y poner en funcionamiento ludotecas para sus ciudada-

nos infantiles. Pero que atiendan también a sus bibliotecas. No nos dejemos llevar sólo por la novedad de lo recién descubierto y dejemos abandonada o ignorada una institución cultural y social de primer orden como es la auténtica biblioteca.

Desde la parcela que más me atañe como educador, y dado que en este encuentro también se ha hablado del lugar que le debe corresponder a la ludoteca en los centros de enseñanza primaria, tampoco quiero dejar pasar esta oportunidad para denunciar la mala, equivocada e insuficiente consideración que de la biblioteca escolar se hace dentro de la reforma educativa próxima a implantarse. Se desconocen las posibilidades de la biblioteca como centro de recursos didácticos. Para la lengua y la literatura y para el resto de las áreas. Para la necesaria y deseada interdisciplinariedad. En suma, otra ocasión para el olvido de la indispensable normalización de la biblioteca escolar, como un elemento más en la estructura organizadora de los centros. Y de nuevo todo quedará confiado en el sacrificio de los profesores que sepan comprender las funciones de la biblioteca como auténtica institución escolar.

Al hecho antes señalado dentro de las orientaciones específicas del diseño curricular base, añadamos que tampoco la biblioteca escolar recibe un tratamiento al menos similar a los dedicados a “prensa escuela”, o a la “actualización permanente en el uso educativo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación” entre los programas de investigación educativa que ampara también el propósito de la reforma actual.

En el mismo sentido, las orientaciones sobre recursos didácticos en el área curricular de lengua y literatura en la educación secundaria obligatoria reconocen que “resultará provechoso que no exista un solo y excluyente texto, sino varios...”. Después menciona a la prensa y a los materiales audiovisuales, pero ¿dónde incluir las funciones propias de la biblioteca escolar? ¿No es, en ese sentido, un salto desde una base de escasa consistencia? De la misma forma, resulta chocante que al uso del ordenador se le dedique un extenso párrafo cuando un paso más sencillo, más asequible, más razonable, como contar con unas bibliotecas y un personal especializado, ni se ha dado ni se aprecian intenciones de darlo.

Puede ser que en este final de mi conferencia me haya dejado llevar por mis intereses personales más que por la orientación deseada por los organizadores de este Encuentro. Sobre ello, sólo diré que ya me gustaría poder contar con colaboraciones tan entusiastas y arrolladoras como las del profesor Andrés y sus colaboradores, a favor de la Biblioteca como institución educativa. Y digo esto con sincera admiración, teñida de una sana envidia por su capacidad de hacer realidad sus ilusiones.

Terminaré ya adhiriéndome personalmente a la declaración de que las ludotecas son instituciones necesarias para el desarrollo de la infancia. Pero desde una perspectiva que ya expresó con claridad Johan Huizinga en su clásico *Homo ludens*, cuando declaraba:

El juego es, antes que nada, una actividad libre. El juego por mandato no es juego; todo lo más, una réplica, por encargo, de un juego. Ya este carácter de libertad destaca al juego del cauce de los procesos naturales (...).

El niño (...) (juega) porque encuentra gusto en ello, y en esto consiste precisamente su libertad.

Muchas gracias